

Economía

Para comunicarte con esta sección:
economicnt@gmail.com

Una guerra que se prolonga más de 200 años

Ahora, siglo XXI, se cumplen 200 años largos desde que se desató la guerra entre el capital y el trabajo. ...Y no ha terminado, ni por el momento aparecen señales de paz, ni aparecerán hasta que El Capital sea desalojado de su ilimitado poder actual. Al seguir la farragosa historia de la contienda, con sinuosidades de amplitud variable nos encontramos con éxitos más persistentes del capital a costa de la depredación del trabajo -hasta donde les ha sido posible, dentro de cada coyuntura dada de tiempo y lugar- y de algunas, esporádicas, victorias del trabajo sobre el capital.

Luiz Pey*

Insurrecciones por contradicciones entre los explotadores y las clases explotadas se habían dado desde la antigüedad, como las sublevaciones de los esclavos (guerras serviles las llamaron en Roma), o las revueltas campesinas en los principados alemanes. Pero a finales del XVIII, principios del XIX se produjo un cambio fundamental que marcaría un condicionante social que todavía envuelve y rodea nuestro quehacer, nuestro trabajo, nuestras vidas: el referente de la riqueza pasa de la tierra a la máquina.

La gente del campo, ignorante y hambrienta, empezó, poco a poco en un principio, a desplazarse a los centros de la manufactura en busca de trabajo. Pronto el absentismo adquirió proporciones de éxodo, y, ¡lógicamente!, el propietario, dueño y señor del Capital incipiente, ante tal abundancia de mano de obra, hombres, mujeres y niños, rebajó la oferta de condiciones de trabajo a situaciones inhumanas de oprobio, de subsistencia o menos en muchos casos peor que de esclavitud, porque una vez cumplidas las 14 o 16 horas de trabajo diario, el dueño y señor del Capital se desentendía de los explotados obreros, que caían en el hambre y el hacinamiento (el trabajador para él no representaba más que una pieza de quita y pon sin considerar para nada su condición humana), algo que el amo del esclavo no se podía permitir, porque el esclavo era un "haber" de su propiedad, y ¡por lo menos! representaba algo tan valioso como un caballo o una vaca. "Animales que hablan", les decían en Roma.

Tales estados descritos de explotación insostenible que, progresivamente con algunas mejoras para el trabajador, se prolongaron durante el siglo XIX hasta principios del XX, (y aún en nuestros días en los llamados países del Tercer Mundo donde cosen casi toda la ropa de boutique que llevamos en los países "avanzados") crearon una reacción, negación o antítesis le dicen los dialécticos, contra los abusos del capital. Una guerra manifiesta a veces, **latente siempre**, que continúa. La masiva aglomeración social de los asalariados, al comunicarse sus desgracias y sufrimientos entre tantos los unos a los otros, y al verse arropados por los teóricos revolucionarios: intelectuales, filósofos, políticos y economistas más o menos acertados, pero, sin duda, honestos casi todos, llegaron a la conclusión que constituían una nueva clase social: la clase obrera.

Pero, ¡ay!, el Capital, como de costumbre se había adelantado. Hacía mucho tiempo que tenía conciencia de clase social: la clase capitalista. Ya en época tan temprana como la segunda mitad del siglo XVII, J. B. Colbert, el gran ministro de finanzas de Luis XIV, hombre conservador, pero muy interesado en los problemas de la manufactura y el comercio,

preguntaba a su amigo Legendre, de la incipiente clase capitalista: "Entonces, ¿qué es lo que queréis de nosotros?" "Laissez nous faire" (dejadnos hacer) respondió Legendre. Expresión de aquel liberalismo original, que ha pasado a lema del más rabioso capitalismo. LA IDEOLOGÍA DEL CAPITALISMO SE RESUME EN LUCHAR POR TODOS LOS MEDIOS, SEGÚN LA CIRCUNSTANCIA DADA, PARA "LIBERAR" (LIBERALISMO) DE TODA OBLIGACIÓN SOCIAL AL PROPIETARIO PRIVADO DE LOS MEDIOS DE PRODUCCIÓN. Más bien al contrario, poner a su servicio un estado esclavo del capitalista, un estado raquíutico (¡pero sin llegar a la acracia!) excepto para legislar a su favor, o echarles una mano en forma de préstamo o auxilio a la bancarrota al capitalista fracasado o es-

Al introducir El Capitalismo la moderna gigantiasis de "El Mercadeo Moderno", en realidad se están fagocitando actividades, y de esta manera sus muchos millones de empleados no saben muy bien de dónde procede el artículo acabado que les viene a la mano

tafador con el dinero del pueblo, si es necesario. La ley del embudo: beneficios empresariales privatizados, pérdidas a asumir, socializadas.

Después de más de dos siglos, los medios materiales al alcance del habitante promedio han mejorado extraordinariamente, en cantidad y en variedad, pero en líneas generales la contradicción Trabajo-Capital permanece, aunque quieran enmascararla políticos y sindicalistas vendidos. Es como si el conjunto social total, conservando una semejanza geométrica, hubiera ascendido a un tamaño superior de riqueza, pero, en la cúpula del dibujo, "El Poder", con mayúsculas, sigue en manos del Capital. ¡Y con sus manos lo agarran y lo ejercen! ¡Vaya que si lo ejercen! Se han apoderado del Gobierno Mundial sin fronteras, de las judicaturas y de los códigos que nos rigen, han puesto a su servicio a los soldados, las policías rompehuelgas y guardias municipales, han inventado **La Globalización**, y en política las cámaras representativas de la democracia bipartidista legislan siempre al gusto y capricho de "los de arriba"

Desde aquel "Paleocapitalismo" de los tiempos de Colbert hasta nuestros días, aparte de la clásica tenencia y explotación de la tierra, sector primario, que se ha "industrializado", el Capital que no reposa -cuya "Ideología" ES la praxis evolutiva vertiginosa de su Sistema- con astucia ha ido diversificando los referentes de la riqueza así: i) Las Industrias que producen, ii) el Mercadeo de las nuevas sociedades que compran y venden toda clase de artícu-

los y servicios con inmensas sumas de dinero, y iii) La Especulación Bursátil (el dinero se reproduce y pare dinero. El valor real de una empresa se multiplica en la cotización bursátil) que el año 29 condujo a un desastre mundial por la bancarrota de Wall Street. A fin de cuentas este juego especulativo se asemeja mucho al conocido timo de "La Pirámide", pero para evitar que los últimos llegados se queden en la mano con un papel mojado sin valor alguno, lo que sucede a veces, se ha rodeado a la especulación de corta-fuegos, ofertas a la contra, a favor, suspensión de cotización de tal o cual valor, ... todo ello para evitar otro viernes negro como el del 29, cuando todavía no contaban con esos controles. Y precisamente los referentes ii) y el iii) "libe-

rados sin fronteras" son la base de un renovado concepto, retocado pero nada nuevo en el fondo, al que le han inventado un nombre rimbombante: GLOBALIZACIÓN

--
El Materialismo Histórico del Marxismo original tomaba en consideración la entonces nueva maquinaria industrial, a la que concedía un carácter "revolucionario" en el más simple sentido de la palabra. Siempre gira, está "revolucionada", se mueve y es fácilmente susceptible de perfeccionamiento para fabricar más calidad y cantidad en menos tiempo. En aquella sociedad capitalista decimonónica, nadie mejor que el obrero apéndice humano a pie de máquina, "**El Proletario**", para apercebirse, adquirir conciencia, de que lo mucho que se producía, excepto algunas migajas de su salario, iba a parar a la bolsa del patrón "El Capitalista", o "El Burgués" dicho de otra manera, al que antiguos grabados pintaban como un tío gordo fumando un puro todo sentado en un sillonzote, vigilante pegado a una caja de caudales que se suponía repleta de monedas de oro que había atesorado chupando la sangre al obrero: **La Plusvalía** en su acepción original. El dibujo grotesco no distaba mucho de la realidad en el siglo XIX. Hoy en día también se podrían caricaturizar con cabeza, pico y garras de zopilote a los ejecutivos y accionistas de la empresa, listos a caer al cuello de sus asalariados desde una oficina repleta de mapas de distribución, gráficas de producción y artilugios electrónicos.

Al introducir El Capitalismo la moderna gigantiasis de "El Mercadeo Moderno", en realidad se están fagocitando actividades, y de esta manera sus muchos millones de empleados no saben muy bien de dónde procede el artículo acabado que les viene a la mano, ni adónde va a para cuando lo entregan al cliente, si saben que su sonrisa es falsa y su amabilidad impostada a la fuerza. Así no es fácil que sientan conciencia de clase, les hacen sentirse una pieza de quita y pon igual que los hombres, los niños y las mujeres en la fábrica del capitalismo primitivo. LA MASIVA PROPAGANDA de las bondades de "su" empresa, y por otro lado LAS AMENAZAS EXPRESAS O VELADAS DE DESPIDO (marrullerías capitalistas para comer la moral al obrero) porque para la empresa son menos importantes que la máquina expendedora de los refrescos, hace que no se sientan importantes, como el proletario de mono azul, tornero o ajustador al pie de una robusta máquina. Para acabar la burla a los empleado(a)s de base, la mayoría, para refrotarles aún más su dependencia servil, les uniforman con ropa de diseño y les plantan en sitio bien visible sobre el corazón el anagrama o escudo de la empresa mercantil.

El asalariado, el que trabaja por un jornal ahora, ya no procede predominantemente de la Industria, sino del apartado ii), del citado Mercadeo con sus muchas derivadas de servicios, porque hoy en día todo es mercancía, no sólo los llamados bienes físicos tangibles, sino cualquier actividad, servicio, sonrisa, amabilidad, favor, que en tiempo no tan lejano significaban atención, generosidad o fineza humanas y se regalaban con estima y amor al semejante, hoy se cotizan y se cobran. De entre estos empleados algunos gozan de situación económica muy aceptable, los de este grupo se sienten superiores, ufanos, perros fieles a la empresa contra el asalariado de base, y constituyen una clase aparte, pero la mayoría, la carne de cañón, sobre todo mujeres, padecen una explotación inmisericorde, con casos como la expulsión por quedarse embarazada, o por negarse a hacer unas horas extra que saben no les van a pagar, por no hablar de los atropellos sexuales, o la persecución a hombres y mujeres por tratar de sindicarse, ya fuera en un sindicato propio combativo, o en alguno de los pocos de implantación nacional que dan la talla de honestidad de clase, v.gr. algunos de la AIT. Desde luego que, por ejemplo en España, a lo(a)s asalariado(a)s de los servicios o del comercio siempre les queda el recurso de afiliarse a la UGT o CC.OO., así la empresa (el Capital) no tendría nada que oponer porque estos sindicatos en la práctica rechazan "la guerra entre el capital y el trabajo", a la que nos referimos al principio del artículo, y están a partir un piñón con la empresa (simbióticos, saprofitos, sinérgicos). Posición que ha desmoralizado "casi" totalmente al movimiento obrero, pero no total, totalmente, porque no se puede tapar el sol con los manos, y, **de manera consciente o inconsciente, el nervio y la rebeldía palpitan en la conciencia de todo asalariado**, y como al principio dijimos: la "guerra" no ha terminado, a pesar de los uniformes y anagramas, "ni por el momento aparecen señales de paz". El Capitalismo ha acumulado tanto poder que se ha desbocado. Sin ninguna cortapisa se DESHUMANIZA más y más, **y aquí reside el germen de su destrucción**, porque la humanidad tarde o temprano encontrará un SISTEMA al servicio de la gran mayoría y no de unos pocos.

*Luiz Pey es autor del libro *El hecho religioso: apuntes para un catecismo ateo*.

Adrián Ruano Delgado: *In memoriam*

L. Buendía

No es habitual encontrar una necrológica en la sección de economía de un periódico, y sin embargo esta vez está claro que es aquí donde debe figurar ésta, dadas las circunstancias.

Este espacio estaba reservado este mes para un artículo que, complementando la perspectiva que ofrecimos en el número pasado, iba a tratar de las deslocalizaciones en la industria. Adrián se estaba encargando de ello. Desgraciadamente él ya no podrá concluir su trabajo.

Hoy me entero de que, por razones aún no conocidas, la muerte se lo llevó mientras estaba tomando algo tranquilamente con sus amigos. Simplemente se desvaneció, de la misma imprevisible manera en que lo hizo de nuestras vidas.

Adrián era un compañero muy joven. Yo le conocí hace siete años cuando se acercó a quienes en aquellos momentos estábamos vinculados a las movilizaciones sociales en la Facultad de Económicas de la Universidad Complutense de Madrid. Pronto quienes compartimos espacios con él, fuimos apreciando sus enormes cualidades intelectuales así como su bondad y su agudo sentido del humor, y así se fue estrechando nuestra relación.

Entre las personas que hemos tratado de movernos en el ámbito de la economía crítica, él jugó siempre un papel destacado, dejando una inconfundible impronta en charlas y discusiones. Primero, porque siempre estuvo ahí, en unos tiempos, como éstos, en los



En el ámbito de la economía crítica, Adrián jugó siempre un papel destacado. / L. BUENDÍA

que las ausencias son tan frecuentes. Pero sobre todo porque estaba dotado de una increíble capacidad de análisis que hacía que, en cualquier debate con él, uno tuviera la sensación de que estaba siempre dos pasos por delante en el razonamiento.

En ese contexto no dudó nunca en afrontar lectura alguna por compleja que fuera, con

lo que iba enriqueciendo a pasos agigantados su perspectiva y nuestras discusiones. Y en esa evolución fue virando hacia posiciones cada vez más libertarias, encontrándose en ese camino primero con Nestor Makhno y más tarde con Guy Debord. Es en esa fase en que, hace unos meses, se incorporó al equipo que coordinamos esta sección de economía. Adrián

siempre nos había mirado con simpatía; nos leía con regularidad e incluso había colaborado en una ocasión cuando la sección acababa de nacer (véase *cnt* n° 317 de noviembre de 2005), pero solamente este verano había dado el paso de implicarse en mayor medida y participar en las tareas de coordinación.

Su muerte priva a los movimientos sociales en general, y al libertario en particular de una cabeza ciertamente privilegiada. Pero además, a quienes más le conocíamos, nos roba un gran amigo, con quien compartimos míticos momentos de diversión y discusiones; de política pero sobre todo, de ilusiones.

Quizá tu inteligencia era demasiado para una cabeza humana que no pudo soportar la presión de tantas ideas pugnando por salir en forma de acertadas reflexiones y jocosos comentarios. O quizá tu corazón, grande como era, no aguantó más dentro de tu cuerpo menudo. No lo sé pero poco importan las razones ahora y, desde luego, no sirven de consuelo cuando ni siquiera pudimos despedirnos de ti.

Lo que sí sé es que hoy el mundo es un lugar todavía más feo, como ocurre siempre que nos quedamos sin alguna de esas personas que pelean incansablemente por hacerlo más bonito. Sin duda, Adrián, esta muerte no era la tuya, tan lleno de vida como estabas. Ahora nos queda pensar que, como siempre hiciste cuando estabas a nuestro lado, estés donde estés, te estarás rebelando contra esta injusticia que es tu muerte y que difícilmente terminaremos de comprender quienes te queríamos.

Hasta siempre, compañero.

Internacionalismo, tercermundismo y cooperación al desarrollo

Adrián Ruano Delgado¹

La reciente proliferación de Organizaciones No Gubernamentales, y más en concreto aquellas dedicadas a la denominada Cooperación al Desarrollo, descansa en una nueva forma de concebir las relaciones sociales más allá de las fronteras. En concreto, afirmaremos que la quiebra del internacionalismo enarbolado por el histórico movimiento obrero, vinculado a su vez en una trama bastante compleja con el surgimiento del tercermundismo tras la II Guerra Mundial, supone la base histórica de este reciente fenómeno, propio de las dos o tres últimas décadas.

El universalismo de la disciplina cuya carta fundacional fue otorgada por Adam Smith se basaba en la aplicación indiscriminada de las leyes económicas sobre cualquier sujeto, o más bien en la institución de un nuevo sujeto, el *homo economicus*, sin atender a su antigua moral, su etnia o raza, su nacionalidad, su cultura, etc. Más tarde, el reverendo Thomas Malthus llegó a afirmar que la riqueza es virtud, y de hecho la acumulación de riquezas tendió a convertirse en la única "moral" o regla de comportamiento socialmente aceptada.

El internacionalismo defendido por Karl Marx partía precisamente de la universalidad de las leyes económicas dentro del

modo de producción capitalista, frente al cual defendía la autoorganización de la clase obrera, cuya extensión, concentración y homogeneización era precisamente uno de los principales resultados de la actuación de esas leyes de acumulación del capital. La proletarianización del mundo era la base del internacionalismo obrero, dada la convergencia en las condiciones de vida y de trabajo impuestas por la acumulación de capital a escala mundial, lo que también traía consigo una convergencia de intereses.

Pronto surgieron "problemas", pues el antagonismo puro entre capital y trabajo, entre burgueses y proletarios, tuvo que enfrentarse a "persistentes impurezas", como por ejemplo, la presencia del campesinado, que naturalmente fue tratado como un residuo histórico condenado a desaparecer. Las tremendas contradicciones y complejidad de uno de los mayores acontecimientos de la Historia de la Humanidad, la Revolución Rusa, esto es, la toma del poder por una de las secciones del movimiento obrero internacional, el Partido Bolchevique, en un país donde el insuficiente desarrollo de las fuerzas productivas arrojaba como resultado una inmensa mayoría campesina, planteó la problemática de cómo "convivir" con esa mayoría que escapaba a los esquemas de *El Capital*. El campesinado, los "otros" con los que hasta entonces apenas

se había contado de cara a la lucha contra el capital, pasaban a ser un sujeto político, susceptible de ser incluido en una hipotética alianza de clases.

La conclusión de la II Guerra Mundial trasladó tal problemática del "otro" a la escena planetaria. Frente a los dos grandes bloques de países antagonistas, que representarían capital y trabajo, surgía un tercero, formado por los países recientemente descolonizados, que a su vez no parecían decantarse por ese lineamiento. Las condiciones materiales de vida y de trabajo de los obreros del "mundo libre" y del "bloque comunista" poco tenían que ver con las de la inmensa mayoría de la población del Tercer Mundo.

La irrupción política de esta "clase incómoda" (expresión acuñada por Theodor Shanin como título de uno de sus libros sobre la Revolución Rusa) condujo nuevamente a infructuosos intentos de fraguar alianzas que incluyesen a estos nuevos sujetos, en un intento por superar el no alineamiento, mediante la conexión de las luchas de liberación nacional y los proyectos de desarrollo nacional independiente con la lucha política entre los dos grandes bloques antagonistas. La propia Economía del Desarrollo en su vertiente marxista suponía en gran medida una ruptura con la idea de Marx de difusión cuasi-automática del desarrollo ca-

pitalista de las fuerzas productivas a lo largo y ancho del orbe, ante lo cual se proponía la desconexión, esto es, la ruptura de los vínculos con el proceso de acumulación a escala mundial y la adopción de un patrón de desarrollo autónomo.

El fracaso político-económico de tales proyectos de desarrollo autocentrado para el Tercer Mundo, así como la tremenda crisis del movimiento obrero internacional tras el derrumbe del Segundo Mundo, esto es, del bloque liderado por la originaria "patria de los trabajadores", puso fin al intento de forjar una alianza frente al Primero de los Mundos, y por ende, de concebir al Tercer Mundo en su especificidad. En definitiva, es una crisis también de la Economía del Desarrollo y de su noción básica: país subdesarrollado, concepto que habría sido el pilar sobre el que se habría levantado ese cuerpo teórico independiente. Lo que siguió es de sobra conocido: recetas fondomonetaristas universales, y auge de la Cooperación al Desarrollo para compensar a las víctimas de tales políticas de ajuste, una vez más, los "otros", que perdieron su rango de sujeto político y se reconvirtieron en objetos de compasión para el Primer Mundo.

Notas:

[1] Este texto fue uno de los últimos que escribió Adrián. Lo hemos extraído de la página web de la Red de Economía Crítica (www.economicacritica.net). Adrián era miembro del Consejo de Redacción de dicha publicación y un activo miembro de Estudiantes por una Economía Crítica, además de participar en el equipo que coordina la sección de economía del periódico *cnt*.